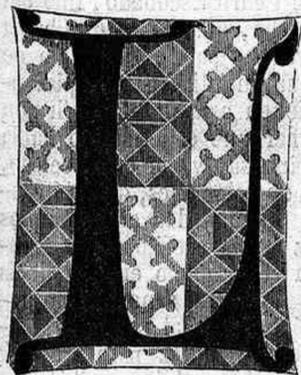




NUM. 3. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 12 DE SETIEMBRE DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



Una numerosa concurrencia de monarcas que anticipadamente se habia anunciado asistiria á la inauguracion del canal de Suez, parece que va disminuyendo á medida que el gran acontecimiento se aproxima: el emperador de Austria manifiesta su repugnancia á salir de sus Estados: el de Francia

justifica su ausencia por el mal estado de su salud: la emperatriz y su hijo, así como el príncipe Napoleon, tampoco es probable que asistan por diversas razones. Pero la razon principal, que los ménos linceos traslucen, es que la política contemporánea, aun cuando parezca por algun tiempo seguir una marcha predisuelta y regulada, está sujeta á bruscos cambios é imprevistas peripecias; y no conviene que el piloto se halle lejos de su nave en la hora de la tempestad. No sin sentimiento dejarán estos y otros importantes personajes de presenciar la fecunda union de las aguas del golfo Arábigo con las del Mediterráneo; aunque algo les lastimaria reflexionar que lo que en otro tiempo no pudo conseguir el rey más poderoso, lo alcanza hoy una sociedad con su ingeniero á la cabeza; y decimos esto porque habrá la friolera de tres mil años que intentó la misma empresa Amenophis, rey de Egipto; y aun cuando no la concluyese, basta para su gloria el haberla imaginado y comenzado.

Entre los viajeros ricos y aficionados á los grandes espectáculos circula con hiperbólicos elogios el rumor de las próximas fiestas que en Bruselas han de celebrarse durante el último tercio del mes actual, si-

guiendo una antigua costumbre. Aunque tales fiestas atraen anualmente gran concurrencia de extranjeros, créese que será todavía más numerosa este año por coincidir con ellas la instantánea reunion de más de 40,000 hombres para ensayarse en el manejo y ejercicio de las armas últimamente perfeccionadas y demostrar sus ventajas sobre las anteriores. Indudable es que los constructores de aparatos bélicos están disponiendo de la mayor y mejor parte de las rentas de cada nacion. Apenas puesto en práctica un invento y armado con él un numeroso ejército á costa de incalculables gastos, otro invento superior aparece, y luego otro, y otro despues, teniendo siempre las armas de uso que sustituirse con otras, ó por lo ménos modificarse; como si tales sustituciones y reformas fueran cosa de poco interés, y no absorvieran la riqueza y la vida de las naciones. Minuciosos estadistas han calculado que si los caudales invertidos desde quince años á esta parte en máquinas de guerra por las naciones europeas para tenerse mutuamente en guardia, se hubieran empleado en abrir canales de navegacion y riego, adquirir semillas y útiles de labranza y cultivar terrenos baldíos, Europa hubiera visto mejorar su aspecto, y acrecentarse su poblacion y riqueza de una manera increíble.

Parece que la salud del emperador Napoleon ha mejorado. Las noticias alarmantes que circularon con insistencia determinaron, segun aseguran, una baja en los fondos públicos franceses; pero los partes oficiales han venido á desmentirlas. Aunque la baja de fondos fue cierta, debe de atribuirse más bien á la influencia que ha podido ejercer la crisis financiera de Viena y la baja de las bolsas alemanas. Durante estos últimos dias el emperador se ha ocupado asiduamente del despacho de los negocios, trabajando largas horas con sus secretarios; y todo hace creer que si su salud no es buena, por lo ménos tampoco ya se encuentra gravemente amenazada. El peligro puede considerarse como desvanecido, habiéndolo hecho aparecer mayor las circunstancias. La emperatriz y su hijo habian sufrido mucho por tener que asistir á fiestas durante la enfermedad del emperador; pero tales eran las órdenes de este. Profundamente alarmada la emperatriz, envió un telégrama á los médicos haciéndoles responsables de lo que sucediera, si, desfigurando la verdad, no la dejaban volver á París. Reunidos en sesion los facultati-

vos de cámara y principales dignatarios de palacio, aconsejó el médico Ricord que regresaran la emperatriz y el príncipe imperial; mas el doctor Nelaton se opuso obstinadamente, fundándose en que no habia peligro de muerte y en la alarma que produciria en Francia la precipitada vuelta de la familia imperial. El parecer de Nelaton fue adoptado por la asamblea: se envió un despacho tranquilizando á la emperatriz y esta continuó su viaje.

Pocos dias hace ingresaron en las arcas del tesoro romano siete millones de francos remitidos por el gobierno de Italia, pertenecientes á la deuda pontificia que tomó á su cargo. No será tan alictiva como nos pintan la situacion financiera del gabinete de Florencia, cuando así puede satisfacer sus obligaciones.

Muchas y contradictorias son las noticias que circulan sobre la actitud, conducta y designios del partido carlista. Lo cierto es que en la Península han fracasado por completo sus tentativas á mano armada, quedando sólo algunos insignificantes restos de partidas vivamente acosados y que buscan su salvacion en la fuga ó el indulto. Del lado allá de los Pirineos, los partidarios del absolutismo celebran conciliábulos frecuentes y aumentan su debilidad dividiéndose en opuestos bandos. Unos pretenden alzar bandera por el absolutismo en todo su rigor y aceptando todas sus consecuencias en el terreno de la práctica; en una palabra, resucitado tal como existia en España y Francia durante el siglo XVII. Los otros, aleccionados por la experiencia y más conocedores de los tiempos actuales, intentan armonizar en lo posible el antiguo derecho divino con el moderno derecho humano, base y nervio de la época actual, ensanchando el círculo estrecho de su doctrina para dar cabida en ella á algunas de las principales necesidades de la vida social contemporánea. Al frente del primer bando se encuentra Ceballos, gran amigo y privado del pretendiente don Carlos; al frente del otro se halla don Ramon Cabrera, que tan importante papel ha desempeñado combatiendo en pro del absolutismo. Aunque se habla de un arreglo entre ambas fracciones, y algunos periódicos lo anuncian ya como terminado, quedando Cabrera por jefe único del partido, no puede creerse de ligero semejante noticia, atendido el carácter de don Carlos, su intimidad con Ceballos y el escaso conocimiento que tiene del espíritu general de la Península.

Pues hemos echado una rápida ojeada del lado allá de los Pirineos, echemos otra del lado allá del Atlántico sobre nuestra hermosa Antilla. Triste es en verdad el aspecto que presenta aquella perla del mar americano viendo amenguados su comercio y riqueza, y devastado su fecundo suelo por una lucha fratricida, larga y estéril. Como si el plomo y el acero no fueran bastante destructivos, las enfermedades propias del clima, aumentadas por la acumulación de grandes masas de hombres, difunden su estrago por uno y otro campamento. Los combates entre nuestras tropas y los sublevados no son decisivos, sino mas bien encuentros parciales y ataques y defensas de puestos y convoyes; pues los sublevados temen presentar batalla, no forman grandes masas y se acogen á bosques impenetrables.

Decíase que el general Sickles, representante de los Estados-Unidos, había pasado, cumpliendo las órdenes de su gobierno, una nota á España en que advierte que el estado de la opinion en la república norteamericana la obligará á reconocer como potencia beligerante á los rebeldes de Cuba. Esta alarmante noticia no se confirmó por fortuna; pues sobre tal pensamiento no hay unidad entre los miembros del gabinete de Washington, que no podrán olvidar las buenas relaciones que unen á su país con España, ni el comportamiento de ésta durante la obstinada lucha entre confederados y federales.

Por otra parte, el espíritu general de los Estados-Unidos, no es desfavorable á España, ni segun los tratados diplomáticos cabe tal reconocimiento, puesto que los sublevados carecen de los indispensables elementos de gobierno establecido, ejército regular y marina; bases establecidas en dichos tratados para reconocer como beligerantes á los insurrectos de cualquiera nacion. Mas la alarmante noticia difundida por todos los círculos, ha servido para escitar y avivar el patriotismo, y se habla de manifestaciones públicas para ayudar al gobierno en el pensamiento de sostener á todo trance á Cuba, siendo muchos los oficiales de ejército y voluntarios de la libertad que se ofrecen á formar parte de la próxima expedición que saldrá para aquella isla.

Pronto saldrá á luz un decreto introduciendo varias reformas en el profesorado: no creemos tenga fundamento alguno el rumor de que por la superioridad se trata de refundir en uno sólo los Institutos del Noviciado y de San Isidro; medida que sería sumamente perjudicial, pues el crecidísimo número de alumnos de cada uno de estos establecimientos los hace de todo punto necesarios, bastando apenas sus locales y profesores para satisfacer las necesidades de la enseñanza.

Fue notabilísimo por las ideas radicales que manifestaba el discurso pronunciado por el ministro de Fomento señor Ruiz Zorrilla en la tertulia progresista. Su pensamiento es reducir á treinta y tres el número de obispados existentes, que son cincuenta y cuatro, y á cinco el número de los arzobispados, que en la actualidad son nueve. De éstos quedarán, si se aprueba el proyecto del señor Ruiz Zorrilla, los de Toledo, Sevilla, Santiago, Valladolid y Valencia. Este pensamiento de reducción de diócesis que viene indicándose en nuestro país hace largos años, reconoce por fundamento, además de las ventajas no despreciables de las economías, la facilidad con que hoy pueden los prelados hacer sus visitas pastorales y expedir sus órdenes por haber mejor sistema de comunicaciones y la necesidad que se experimentaba de un arreglo en las circunscripciones de las diócesis.

Costumbre es en la elegante sociedad madrileña consagrar cada otoño con enlaces celebrados entre sus individuos. Para la próxima temporada se anuncian como ya concertados varios matrimonios, tal vez más numerosos y brillantes que nunca. Citáanse entre ellos el de la señorita de Javat con el señor Santos Suarez; el de Blanca Osuna con el marqués de Povar, heredero del marquesado de Malpica; el de la señorita de Villadarias con don Luis Silva, de la embajada de París; el de la opulenta heredera de los condes de Santa Marca con el joven señor Zavala, primogénito de los marqueses de Sierra Bullones; el de la señorita de Bertodano con el señor Colon, hermano del duque de Veraguas; el de la señorita Concha Roca, hija de los duques de este título, con don Fermin Collado, marqués de la Laguna; la de Montoro con el señor Chacon; la de Leon con el señor Liñan; la señorita Dolores de Carvajal con el primogénito de don Antonio Gonzalez, título tambien de Castilla; la hija de los marqueses de O'Gavan con el joven diplomático señor Castellanos; la de los condes de Fonte con el señor Falguera, conde de Santiago y la marquesita de Ferrara con el señor don Lorenzo Santa Cruz.

El miércoles 8 hubo alarma en la Puerta del Sol: pudo haber conflictos; pero el celo de las dignas autoridades, el buen espíritu de la generalidad de los voluntarios y de la población, lograron conjurar el mal que se preparaba. Como nuestros lectores tendrán por las publicaciones diarias minuciosas noticias del suceso, no insistimos en ellas; lamentándonos solamente de que entre los voluntarios de la libertad hubiera quien diese oídos á pérfidas sugestiones, encaminadas tan solo á perturbar el orden y á crear nuevos conflictos. La prueba palpable de que no era un

movimiento republicano lo que se preparaba, está en que muchos voluntarios, oficiales y jefes de compañías republicanas se pusieron sin vacilar un momento al lado de la autoridad, ofreciendo su eficaz cooperación para concluir breve y enérgicamente aquel motin sin fundamento ni objeto determinado. La tranquilidad quedó muy pronto restablecida, sin que por fortuna haya habido que lamentar luchas ni desgracias personales.

Segun se dice, son numerosas las demandas de naturalización presentadas por israelitas y mahometanos de distintas provincias de Africa y Asia. Vengan, pues, y ayuden con su industria y trabajo á levantar nuestra decaída agricultura y comercio, fomentando así el desarrollo de la riqueza nacional.

N. C.

EL CALLEJON DE SANTA MARIA DE LA ALMUDENA.

(CONTINUACION.)

La de Eboli, aunque de escasa estatura, pasaba por mujer de extraordinaria belleza, y su carácter vivo y ardoroso le daba grande influencia, no sólo sobre su marido, sino tambien sobre el mismo monarca, á quien este sabia manejar. Créese generalmente que era tuerca, otros dicen que solo vizca, mas si es cierto lo primero, debió verificarse entrada ya en edad, y se supone fue á consecuencia de un floretazo que recibió tirando con un page. Se la tenia, sin embargo, por una de las primeras damas de la corte, y acompañaba al rey en todos sus viajes á consecuencia, sin duda, de la privanza de su marido. Los autores que tanto han desvariado en este punto, suponen el favoritismo de Ruy Gomez debido á las relaciones de su mujer con el rey, pero esto es inexacto, pues su intimidad con el monarca era anterior, como hemos visto, á su casamiento con doña Ana, y á ella debió el obtenerla por esposa.

No contentos con esto, han asegurado que el primer hijo de los príncipes, don Rodrigo de Silva y Mendoza, segundo duque de Pastrana, lo era de Felipe II, sin mas fundamento que un duque de P., á quien en una relacion de un embajador de Venecia se hace hijo de aquel monarca. Lejos de esto, la princesa de Eboli, jamás tuvo afecto á este hijo, sobre el que descargaba con frecuencia sus iras, por ser de un carácter fuerte y violento, negándole hasta los alimentos, y legando el caso de tener que abandonar la casa materna, acogiendo á la de su cuñado el duque de Medinaceli, y aun no le quiso dar licencia para casarse que obtuvo don Rodrigo del rey. Si hubiera sido cierta aquella suposición, por consideracion y política hacia Felipe II la princesa, tanto en la fortuna como en la desgracia, hubiera tenido todo género de miramientos con este hijo, para atraerse la voluntad del monarca, que no tardó en perseguirla y maltratarla. El rey además en nada favoreció á don Rodrigo, habiendo recaído todas sus gracias sobre el hijo segundo favorito de la princesa, á quien hizo comendador de la orden de Alcántara, casi en la niñez, y dió despues el ducado de Francavilla por cesion de su abuelo, concediéndole tantos beneficios, que mientras el ducado de Pastrana se halla casi en el olvido, el de Hija, de que puede mirarse como fundador, por hallarse casado con su heredera la condesa de Salinas, subsiste todavía.

Seguendo esta suposición, dicen que Antonio Perez fue el mediador de los amores del rey con la princesa, y animado por el ejemplo de su soberano, puso los ojos en ella, y que secretas en un principio, no tardaron en hacerse públicas sus relaciones, por el carácter del secretario y la de Eboli, que se enviaban grandes regalos y hasta acémilas cargadas de plata. Llegó en tanto Escobedo, que habia dependido de la casa de la princesa, y era amigo de Perez, el cual, viendo el escándalo, reconvino á su antigua señora, contestándole ella de la manera que hemos indicado; despues habló con Antonio Perez para que no entrase en casa de la princesa, y viendo no conseguia nada, amenazó á ésta con decirselo al rey.

No nos hemos propuesto vindicar la memoria de la princesa de Eboli, pero no podemos por menos de hacer notar los anacronismos en que han caído sus destructores, los cuales aseguran, que á consecuencia de esto, se enfrió la amistad entre Perez y Escobedo, y el primero instó al rey para que apresurase su muerte que ya tenia decidida desde que llegó á Santander, como se deduce de su correspondencia. Pero lejos de ser esto cierto, entonces fue cuando el secretario del rey se manifestó mas amigo de el de don Juan de Austria, sin que nadie recelase de su falsedad ni aun despues de la muerte de Escobedo. Habiendo decidido quitarle la vida por medio de un veneno, Antonio Perez le convidó á comer en su casa de campo, situada donde se halla hoy el convento de Santa Isabel, que excepto la iglesia, en lo demás ha cambiado muy poco de su forma primitiva, y allí un page, llamado Antonio Enriquez, que servia la copa al pasar de una pieza á

otra, recibia en ella, como una cáscara de nuez, de cierta agua, de que bebia Escobedo, habiéndose enterado Perez, despues de su salida, de la cantidad que habia bebido.

Frustrada esta primera tentativa, le convidó el secretario de Felipe II por segunda vez á comer á su casa de la calle del Cordon, donde se halló tambien á la mesa su mujer doña Juana Coello, y se le echaron unos polvos en unas natas ó leche, dándole además el vino aguado. Causó esto una terrible enfermedad á Escobedo, pero no siendo mortal, se decidió acudir á otra prueba, y en efecto, valiéndose de un pinche de la cocina del rey, que se habia hecho amigo del cocinero de Escobedo, echaron unos polvos en la olla mientras se hallaba en cama. Descubrióse que la olla estaba envenenada, y una esclava que la cuidaba, fue presa y condenada á muerte por haber confesado que lo hizo por vengarse de sus amos, y en particular, de los malos tratamientos de su ama doña Constanza Castañeda, cuyo iracundo carácter consta por otros documentos. Fue ahorcada en la plaza Mayor, y no murió creyéndose inocente, como lo han supuesto algunos autores, sino convicta y confesa, aunque acaso el tormento que entonces se aplicaba á toda clase de reos fuera la verdadera causa de declararse criminal.

Viendo que no habian conseguido su muerte, el rey y su secretario decidieron quitarle la vida con arma blanca, eligiendo con este objeto á Diego Martinez, mayordomo de Antonio Perez, á un amigo suyo, llamado Juan Rubio, hijo del gobernador del Estado de Melito en Nápoles, que se habia hecho pinche de la cocina del rey para evitar le conociesen por haber matado á un clérigo de Cuenca; un aragonés, que llevaba el nombre de Juan Mesa, un tal Jusausti que habia venido con él; Antonio Enriquez y su medio hermano Miguel Bosque. Este es el grupo que vimos en un principio reunirse en la plazuela de Santiago, y seguir á su victima hasta llevar á cabo su atentado en la callejuela de Santa María.

Despues del hecho, se dispusieron cada cual por su lado. Jusausti se escondió en casa de Juan Mesa, donde arrojaron al pozo el estoque con que habia asesinado á Escobedo; Bosque en la de su hermano Enriquez, y Rubio fué á Alcalá para dar cuenta del suceso á Antonio Perez que se hallaba allí desde la Semana Santa. Alegróse mucho de que no hubiesen prendido á ninguno y se apresuró á regresar á Madrid, donde visitó á la familia del desgraciado secretario, haciéndola grandes ofrecimientos y asistiendo en persona á su entierro. Los alcaldes que formaron el proceso, se asesoraban en todo de Antonio Perez, quien daba parte al rey por sus cartas, hallándose de este modo al corriente de cuanto pasaba en el asunto. Los asesinatos fueron enviados á Flandes por caminos estraviados, donde sirvieron en el ejército con el grado de alféreces, y Perez continuó por algun tiempo gozando del favor del monarca. Nadie sospechó en un principio tuviese parte en el asesinato de Escobedo, y no se le acusó por ello hasta algunos años despues de preso, mas algunos historiadores, suponiendo lo contrario, aseguran favoreció esta acusacion el secretario Mateo Vazquez de Leca, enemigo personal de Perez hasta que consiguió perderle.

Protegido por aquel, don Pedro Escobedo, hijo del asesinado, le demandó al cabo, añadiendo que habia ejecutado la muerte por orden y para satisfaccion de la princesa de Eboli, en lo cual insistia Vazquez pidiendo justicia. Los que sostienen esta opinion afirman que Felipe II acabó por creer que el asesinato habia sido una venganza de la princesa, y por esto, celoso, si continuaba aun con ella en relaciones, decidió castigarlos valiéndose de las enemistades entre ambos secretarios. Mateo Vazquez habia escrito en una ocasion un pliego y metido en él un oficio en que decia que Antonio Perez no era de buena sangre y no podia obtener hábitos. Quejóse Perez al rey que disimuló y siguió protegiendo á Vazquez para irritarle lo mismo que á la princesa, la cual le escribió una carta quejándose, haciéndolo tambien Antonio Perez; mas el rey no les dió satisfaccion alguna, antes bien quiso reconciliarlos valiéndose de su confesor fray Diego de Chaves. La princesa contestó: «que no era persona para andar en tratos de amistad con personas tales como Mateo Vazquez, ni la calidad de la ofensa lo sufría;» y poco más ó ménos, respondió Perez.

Disgustó al rey esta respuesta y los mandó prender, ejecutándose su orden en la noche del 28 de julio de 1579. El almirante condujo á la de Eboli á la Torre de Pinto, y Felipe II, cuando la sacaron de su casa, estaba presenciándolo en la puerta del costado de Santa María, que daba frente á la de la princesa, despues marchó á palacio, donde estuvo paseándose sin acostarse hasta las cinco de la mañana, dando evidentes muestras de desasosiego y disgusto, y al día siguiente escribió al duque del Infantado, manifestándole que habia mandado prender á la princesa por ser causa de que no hiciesen amistad los secretarios.

A pesar del rigor que se usó con la princesa, Perez quedó preso en la casa del alcalde Alvar Garcia de Toledo, en la cual continuó, hasta que habiendo enfermado á los tres meses, fue trasladado á la suya. Con la caída de Antonio Perez se verificó una verdadera revo-

lucion en el gobierno, desapareciendo para siempre el poder de manos de la fraccion política que había formado y capitaneado el príncipe Ruy Gomez de Silva y cayendo en las de Granvela, que entró el mismo día en Madrid y se puso al frente de los negocios. Al siguiente, el arzobispo de Toledo fué á visitar á doña Juana Coello, esposa de Antonio Perez, y la dijo que se consolase, que aquello se había hecho para su beneficio, y lo mismo repitió el confesor del rey á Antonio Perez, cuando de su parte le visitó en la prision.

Nada se habló por entonces ni en algunos años de la muerte de Escobedo, en la que indirectamente se quiso complicar á la princesa, pues en un principio se esparció la voz y corrió con bastante fundamento de que la causa de su prision había sido por creer el rey que gastaba de sus rentas mas de lo que convenia, y la princesa, para que se entendiese lo que había de verdad en esto, mandó que se la hiciera un cargo de todo lo que había heredado de su marido y descargo de lo que había gastado, como en efecto se hizo, por su contaduría con intervencion de los ministros reales, mas no por esto cesó en sus donativos á Perez, pues hallándose en Pinto, estableció á su favor un censo de 8,000 ducados sobre los Estados de Nápoles, y sabido es que el secretario disponia de los bienes de la princesa como si fuesen propios, por lo que Felipe II acabó por ponerlos en administracion, dejando á la de Eholi reducida á una pension para alimentos que en un principio fue de seis y luego de tres mil ducados.

A poco de prender á Antonio Perez, se le había obligado á prestar pleito homenaje de hacer amistad con Mateo Vazquez, y á los seis u ocho meses, se le quitaron los guardias y se le dejó en libertad para salir y recibir visitas; mas no para hacerlas y siguió desempeñando el oficio en su casa y á su costa hasta últimos del año 1585; pero no mejorando su situacion, envió al padre Rengifo á hablar al rey para que decidiese en su suerte, lo que rehusó el monarca dejándolo para mas adelante. En tal ansiedad, hallándose Felipe II en Portugal marchó á verle doña Juana Coello, mas fue presa en el mar entre Aldea Gallega y Lisboa por el alcalde Tejada, á consecuencia de lo cual abortó por hallarse en cinta. El alcalde formó su proceso, pero al presentársele al rey, le arrojó al fuego y mandó al padre Rengifo diese palabra á doña Juana de que en volviendo á Madrid arreglaría los negocios de su marido.

(Se continuará.)

JOSÉ S. BIEDMA.

CUATRO DIAS EN EL RIFF.

Día 23.

A las cinco de la tarde salimos de Málaga para la costa de Africa en el vapor correo del Riff.

Mucho tiempo hacia que proyectaba este viaje, pero circunstancias diversas me impidieron hasta ahora realizarlo.

Navegamos con mar bonanza y cielo casi cubierto.

La ciudad queda lejos. Los montes se borran entre las brumas de la noche, y una línea de luces á cuyo frente está la del faro nos muestra la hermosa hija de las aguas que parece despedirnos desde sus playas.

La luna avanza en el horizonte, enviando brillantes reflejos á la superficie de las olas que chispean como un espejo expuesto á la luz.

La contemplacion de la naturaleza trae siempre multitud de pensamientos que fatigan ó halagan, segun la disposicion de ánimo en que se halla el hombre.

Aquel mar tranquilo, aquella luna, aquel barco que me llevaba hácia lo desconocido; todo despertaba en mí una profunda melancolía.

La vida es triste para el alma que sueña. El mismo encanto del sueño constituye el tormento de la existencia.—Para consolarnos de esta amargura realizamos de vez en cuando las fantasías de la imaginacion.

Vivir encadenado á un punto de la tierra, á un pueblo, á una ciudad, nada mas horrible.

La existencia real es mezquina; los pesares nos envejecen, las lágrimas nos atormentan.

¡Qué doloroso es para un alma joven cruzar el mundo buscando una emoción, bálsamo de los sufrimientos!...

Día 24.

Antes de amanecer, subo al castillo de popa.

Una sombra se dibuja delante de nosotros. Es la costa de Africa.

Algunas gaviotas vuelan en varias direcciones y numerosos delfines rodean el vapor.

El sol sale.

Doblamos el cabo de Tres Forcas, que se llamó en la antigua geografía Metagomtis Promontorium y dando al Este los islotes Farallones, entramos en la bahía de Entrefolcos.

A favor del antejo descubro un cárabo que navega cerca de la playa.

En las rocas, á orillas del mar, hay un grupo de moros pescando; otros caminan por los montes, y toda la costa ofrece un agradable panorama.

Los campos están cultivados y de trecho en trecho descubrimos casas y corrales como se ven en los pueblos de Andalucía. Allá muy lejos ondea una bandera sobre una roca elevada.

A medida que avanzamos, la roca toma forma distinta.

Murallas, torres, cañones, centinelas y multitud de personas asomadas á las ventanas, todo esto pasa sucesivamente á nuestro lado, y por último damos fondo en el puerto de Melilla.

No me detendré ahora en referir mis observaciones acerca de esta plaza.

Lo haré mas adelante; puesto que en breve volveremos á ella.—Entre tanto llega el instante de zarpar, saludemos el suelo africano; la tierra del misterio, donde se hermanan y confunden las nieves y los fuegos del sol tropical: la aridez y la abundancia; la vida y la muerte. La barrera que no han podido traspasar las civilizaciones. El teatro de gigantes luchas, la morada de inmortales héroes; la cuna de ricos imperios; el sepulcro de colosales grandezas.

Son las cuatro de la tarde. El vapor leva anclas. El hélice rompe las olas.—¡Melilla, adios!

A las ocho de la noche llegamos á Chafarinas.

Día 25.

Mientras aguardo la hora de ir á tierra, me ocupo en observar el lugar donde nos hallamos.

Las islas Chafarinas son tres rocas poco separadas, que con la costa de Africa forman una bahía cómoda y segura. Fueron tomadas por los españoles en 1848.

La poblacion está en la isla del Centro ó Isabel II. El islote mas alto se llama Congreso y el de Levante Rey.

El aspecto de las islas es triste y desolado. Carecen de vegetacion, puesto que no tienen mas agua que la que el vapor trae de Málaga. La vista no puede reposar en un arbusto ni en un árbol. Rocas ásperas de construccion ferruginosa, hé aquí lo único que ofrecen estos lugares.

Al ver tanta aridez, recuerdo los campos de la península; los jardines de Andalucía verjeles floridos en los que la vida es cómoda y risueña, y el alma torturada encuentra un alivio á sus dolores y goza de otro mundo, amigo cariñoso que ama á quien corre á buscarlo, confidente secreto de los pesares; testigo de las alegrías.

Ese mundo tiene horizontes infinitos; y lagos, montañas, bosques, llanuras, nieves, flores, nubes, aves y cantos.

Hay en ese mundo voces misteriosas, revelaciones dulcísimas, espectáculos maravillosos.

Hay un campanario de algun pueblo humilde; campanario cuyo acento no se oye pero se adivina.

Hay una columna de humo que sube al cielo como para bendecir á Dios. Hay una ruina, recuerdo vivo de otras edades. Hay yuntas de bueyes que rompen la haz de la tierra mientras el vapor hiende los campos, llevando á remotos paises la civilizacion.

Todo eso se siente y se ve, sin que nos moleste su ruido; sin que nos desencante la aproximacion de su verdad, horrible muchas veces, cuando lo que admiramos es obra de los hombres; y sobre lo que admiramos hay luego un cielo purísimo donde buscamos el descanso del espíritu.

Desembarcamos en un pequeño muelle y entramos en la plaza por la puerta de la Marina.

En la cumbre del monte se halla la torre de la Conquista, con vigía y faro.

Delante de la puerta hay un cañon y la torre está cercada de un foso.

Era domingo; tocaban á misa y fuimos á la iglesia á cumplir la obligacion de todo católico.

El templo nada tiene de particular. Sus dimensiones son reducidas. Su forma exterior es la de un retablo.

Mas tarde visitamos la isla del Rey. Dejamos la lancha en una especie de ensenada y subimos por una pendiente de pizarras y otras piedras.

En la única vivienda de la isla habitan tres ó cuatro confinados; y por los alrededores de aquella miserable casa vagan algunos cerdos y gallinas, y ocho ó diez becerros atrozmente flacos.

Apenas acierto á explicarme cuál sea el alimento de estos pobres animales en un suelo sin vejetacion.

Día 26.

A las seis de la mañana fondeamos en Melilla.

Esta ciudad, que es capital de la provincia de Gart, fue fundada por los cartagineses, y recibió sucesivamente los nombres de Melila, Melilia, Ras-ad-dir, Rusadir y Ryssadyrum.

Su puerto es peligroso cuando reina el levante.

La poblacion vale muy poco. Las calles son estrechas y pendientes. Los edificios modestos y sin comodidades.

Melilla es notable por sus fortificaciones. Una magnífica muralla erizada de bocas de fuego la circunda, y donde quiera que se fije la vista, aparecen puentes

levadizos, fosos, parapetos y torres, mientras que por bajo de estas obras corren estensas minas con pozos y rejas, todo dispuesto para la defensa. Los centinelas en sus sitios; las municiones junto á las piezas; las cadenas prontas á levantarse.

¡Triste poder de destruccion!

No concibe el hombre la pequeñez de su vida, y amontona la muerte, sobre la muerte, como si el fardo de su existencia durase tanto que necesitara otro alivio mas enérgico para arrancarle el peso de unos pocos dias.

Por todos lados veo muchos moros de humilde aspecto; robustos, vigorosos y de elevada estatura.

Parte de ellos son vendedores que vienen del campo á proveer á la plaza de huevos, legumbres, aves y pescado.

Unos llevan jaique blanco, otros chilaba (especie de camisa ó saco de lana rayado, con mangas y capucha). Unos usan turbante, otros gorro encarnado y algunos se adornan con una cuerda liada varias veces alrededor de la cabeza; pero todos, sin escepcion, se dejan crecer en la coronilla un largo mechón de pelo que llaman fantasía.

El continuo trato con los españoles ha modificado ciertas costumbres de estos kabilas haciéndoles adoptar diferentes usos que les eran desconocidos; por ejemplo, los cigarrillos de papel y las cerillas fosfóricas, cosa estraña en el pueblo de la tradicional pipa. Sin embargo, aun se conserva demasiado estendida la barbarie entre estas gentes, y en prueba de ello voy á copiar algunos párrafos de una carta que me dirigió un amigo mio que ha vivido largo tiempo en las plazas del Riff.

—«Todos sus conocimientos se reducen á la conservacion de sus armas, de su arnés y su caballo.

Cuentan el número de individuos de familia como su principal riqueza. Y con efecto, la familia mas numerosa es siempre la mas rica porque impunemente se apodera de los bienes del vecino que, falto de personal para la guerra, tiene que sufrir con calma su mancilla.

No hace mucho pregunté á un moro:—¿Tú estar rico?—Yo tener tierra, tener vaca, tener mula; tener caballo y tener muchacho.

¿Qué te parece? ¡Un hombre rico porque tiene hijos y ganado! ¡Y los nombra juntos, y los une por medio de una conjuncion copulativa!

¿Conoces las ceremonias nupciales de esta gente? Llega una niña á cumplir once ó doce años, y acto seguido, un moro, que puede ser su abuelo, pretende adoptarla por mujer; trata su venta con el padre como podría hacerse con un caballo ó una cesta de higos; se ajusta en una cantidad que varia de treinta á ochenta duros, y el moro es dueño de aquel ángel.»

Despues de recorrer la ciudad en todas direcciones, salgo á dar un paseo al campo en compañía del oficial de administracion militar don Manuel de Rojas, amigo mio y antiguo compañero de carrera, á quien debo varias noticias de esta poblacion.

El terreno por donde caminamos estaba antes cubierto de chumberas, á cuyo amparo hacian los moros fuego á la plaza, causando bajas en los centinelas, que no podian responder á las agresiones del enemigo, siendo necesario por dos veces talar esta espesura.

Al toque de diana sale diariamente parte de la guarnicion de Melilla á hacer la descubierta del campo y desde este momento queda establecida una avanzada que al anochecer, previa la señal de retirada, entra en la ciudad, asi como todo individuo que se halle fuera de los muros.

Dicha avanzada ocupa un edificio aislado en lo alto de una colina que es el término de nuestro paseo.

Desde este sitio dominamos un reducido, pero variado horizonte.

A la derecha suben escalonados algunos cerros manchados de casas y oscuras chozas que solo se adivinan por el humo que arrojan continuamente. A nuestros pies empieza un valle denominado de ataque seco, en cuyo fondo se arrastra el rio de oro que desemboca junto á Melilla; pobre raudal invisible cuando corre tranquilo; y catarata impetuosa cuando sus aguas crecen. Cierran el valle unos montes elevados y á la izquierda se estiende la sierra del Gurgú, áspera y sombría, como desafiando á la vecina plaza.

Día 27.

Anoche hicimos rumbo para Alhucemas y á las cinco de la mañana llegamos al puerto. Alhucemas es conocida entre los árabes con el nombre de Hagian-en-Nencor (sepultura de Naccor, rio que divide á la provincia de Riff de la de Gart).

Nuestro primer cuidado al desembarcar fue subir á la batería del Salado que domina toda la bahía y la costa de en frente, y provistos de un antejo, aguardar la salida del sol.

Siempre he tenido una inclinacion apasionada por los paisajes; y aunque peque de monótono, no puedo menos de bosquejar siquiera á grandes rasgos los panoramas que observo en mis escursiones.

Empieza á amanecer. Las sombras huyen de la tierra.

El cielo se cubre de tintas rojizas por el lado del Oriente.

Los primeros resplandores del sol que aun no vemos, doran las altas cumbres.

Una claridad suavísima se estiende por los campos de Africa.

El mar parece que sonríe al arrullo de las brisas matinales. Las gaviotas se agitan sobre las olas riza-

das, y alguna vela dibuja su perfil en las brumas lejanas.

¡Amanece!
Iluminado por completo el horizonte, gozamos de un admirable paisaje.

La variedad de objetos y perspectivas me seduce y enamora.

Sucesivamente miro con el anteojo; escribo en la cartera; vuelvo á mirar y concluyo por desesperarme.

Lo que veo, lo que siento, no puedo transmitirlo al papel. Toda descripción es pálida; todo pincel enganoso.

Es un cuadro rico de tintas variadas; de grupos pintorescos; de armoniosos contrastes; cuadro en que se hermanan la suavidad y la aspereza; la dulzura y los tonos vigorosos; cuadro primitivo, agreste, sencillo, encantador.

MUESTRAS DIVERSAS.



Pólvora fina.



Pólvora de fusil de agua.



Pólvora de caza.



Pólvora francesa.

Figuraos en primer término una playa de finísimas arenas doradas. No lejos, magníficas alamedas de verde profundo. Aquí un pueblo que dicen es Binuviaga, encerrado en un recinto de paredes defendidas por agudas pencas. Allá una fortaleza medio derruida, en la cual tienen los moros una guardia perpétua.

En las vertientes de las montañas, en los ribazos y en las rocas hay numerosas casas ceñidas de muros, pencas y árboles, y en lo mas alto de un cerro descuelga la blanca y redonda cúpula de un morabito.

Los montes y las cañadas se suceden sin interrupción. Las veredas ondulan en todas direcciones, las

gentes van y vienen por los caminos; los ganados pascen en el campo; millares de palomas vuelan en el espacio azul, y como complemento de este hermoso cuadro, pone límite á nuestras errantes miradas una montaña magestuosa y confusa, que esconde su frente bajo una corona de nubes.



Pólvora de cañon.



Pólvora sorda.

Es el Atlas; origen de tantas fábulas y leyendas y relaciones. El coloso del Africa, que al decir de las antiguas gentes, estaba cubierto de una selva frondosa regada por multitud de arroyos; y producía sin cultivo abundantes frutos de todas especies; y mientras que de día hallábase solitario y silencioso, resonaba de noche con las músicas de los Sátiros y Egipanes que cantaban sus amores al grato són de las flautas pastoriles.

Largo tiempo permanecimos en la batería del Sala-

do, pero las horas pasaban y la necesidad imperiosa de almorzar, nos despertó de nuestras fantasías.

Satisfecho el apetito y vista la población que, dicho sea de paso, nada tiene digno de mencionarse excepto las fortificaciones, volvimos á nuestra casa flotante, caminando á poco hácia el Peñon de Velez.

Durante las cuatro horas empleadas en la travesía, navegamos cerca de la costa, que es abundante en coral y mariscos.

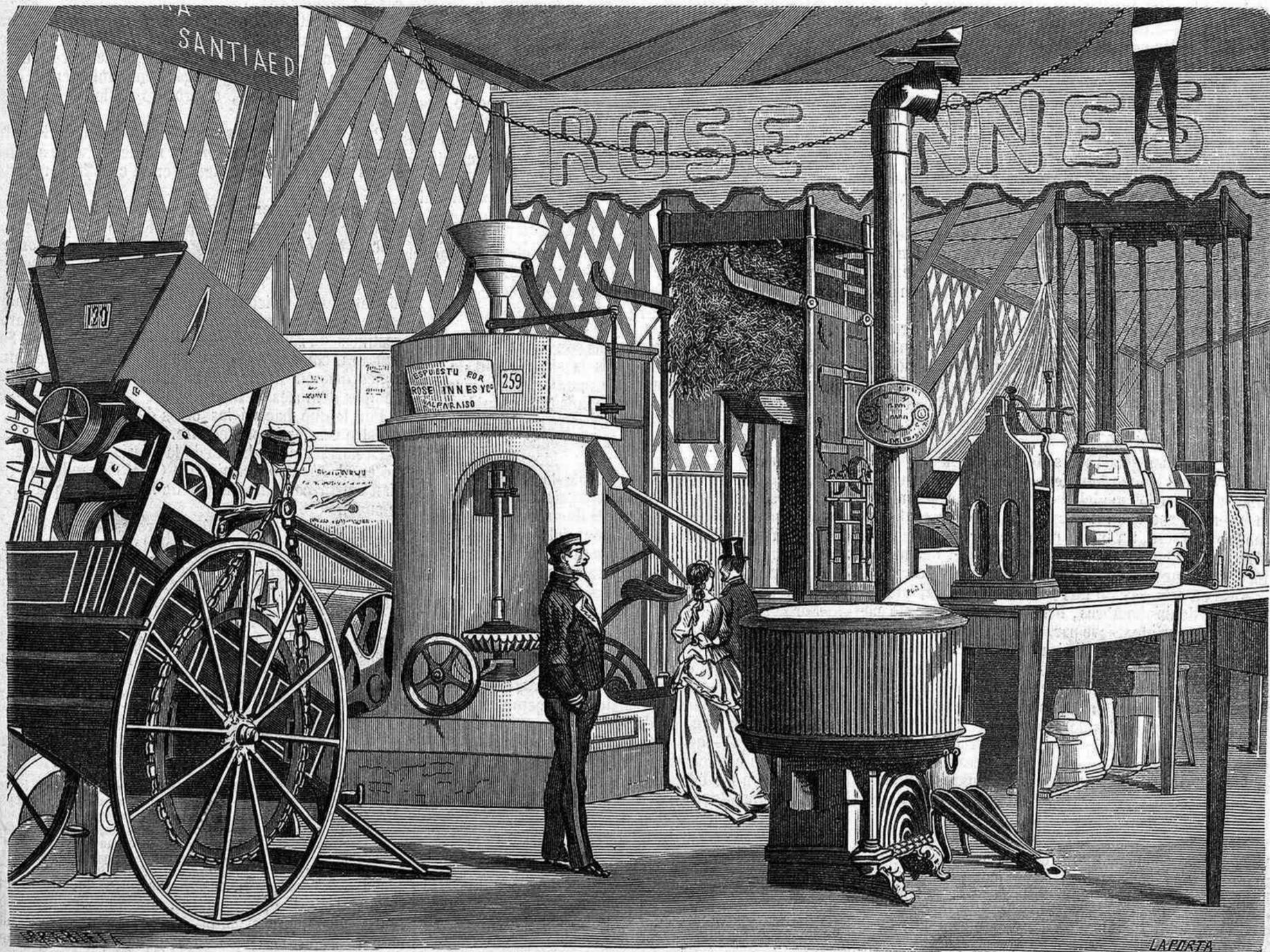
A'guna choza aislada, algun campo sembrado, eran

los únicos indicios de poblacion que aparecian en aquellas rocas.

Finalmente, á las cuatro de la tarde anclamos al pie de un elevadísimo peñasco, última etapa de nuestro viaje.

El Peñon de Velez de la Gomera ó Isla de San Antonio, está situado al Este del valle de las torres de Alcalá, frente á una estrecha cañada que conserva todavía restos de la ciudad de Gomera.

En una altura de la costa delante de la fortaleza, hay



ESPOSICION AGRÍCOLA DE VALPARAISO.

LA FORTA

una guardia de moros de Rey, para contener á los salvajes kabilas, que de otro modo molestarían continuamente á sus vecinos de la plaza.

El interior del Peñón es tristísimo; calles en difíciles cuestras, intercaladas de puentes, bóvedas y puertas; hé aquí todo.

Ninguna utilidad reporta á España la posesión de los presidios menores de Africa, como no sea el tener á raya á los piratas rifeños. Por lo demás, creo que semejantes fortalezas solo pueden ofrecer gastos excesivos, sin dar en cambio beneficios á nuestro país.

La vida en estos lugares es incómoda y muchas veces sus habitantes carecen aun de lo necesario.

Las poblaciones nada producen; ningún movimiento hay en sus puertos, apenas visitados por algún que otro falucho; las comunicaciones con los moros son casi nulas, y los españoles viven como plantas clavadas en suelo extraño, esperando el día de volver á la madre patria.

El objeto de mi viaje estaba satisfecho; nada me detenía ya en aquellas inhospitalarias costas...

Habia llegado la hora de embarcarme para Europa y pocos minutos despues perdía de vista las montañas del Riff.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ESPOSICION AGRICOLA DE VALPARAISO

En varias partes de América lo mismo que en España, la agricultura va perdiendo los hábitos rutinarios y tradicionales en el laboreo, y comienzan á emplearse los elementos mecánicos movidos por la fuerza del vapor que centuplica la de los brazos del hombre, abarata el costo y aumenta la probabilidad de buenas cosechas. Como quiera que las máquinas han de adaptarse á los climas, topografía y naturaleza de los terrenos, es conveniente promover concursos en que se exhiban diferentes instrumentos á fin de que los labradores los conozcan y puedan optar por los que ofrezcan mayores garantías de éxito. Tal ha sido el objeto de la esposición agrícola abierta en la república de Chile, y de la cual ofrecemos á nuestros lectores un interesante grabado de la seccion de maquinaria agrícola, obra de la acreditada casa Rose Innes y compañía, sucesora de la de Vives y compañía, de Valparaiso. El señor Vives fue el primero que hizo experimentos en Chile por los nuevos sistemas hoy conocidos, y en vista de sus excelentes resultados prosiguió importando todas las máquinas y herramientas reconocidas como provechosas, no solo de fabricacion inglesa sino de los talleres de los Estados-Unidos, que sabido es que no se quedan á la zaga de ninguna nacion en mérito y economía de productos.

Entre las varias máquinas que la casa de Rose, de Valparaiso, ha presentado en la esposición, y estos espositores son de los que mayor número de artículos han llevado á esta especie de torneo del trabajo, llaman la atención dos trilladoras, una norte-americana, de Pitts, cuya firma aparece en nuestra lámina y otra, inglesa, de Clayton Shuttleworth y compañía de doble soplo, para sacudir la paja, cribar, aventar, elevar y aderezar. Esta máquina tiene la criba de rotación dentro de la armazón, que es la forma más conveniente segun el parecer de los hombres entendidos en estas operaciones.

Han expuesto, asimismo, máquinas de limpiar trigo y toda clase de granos con cilindros movibles; progreso indudable sobre los fijos, porque de este modo da lugar á que pueda aumentarse ó disminuirse la distancia de los alambres segun lo requiera la calidad de los terrenos. Hay tres especies de estas máquinas, y las tres se manejan á brazo.

Las máquinas guadañeras de Wood para segar pastos y cereales llaman también la atención por su sencillez y por ser los modelos que obtuvieron premio en la anterior esposición de París. También presentan un molino harinero, un banco para aserrar, un torno, una sierra móvil para ser manejada con el pie, una máquina de taladrar y un molino de piedra con su cernidor.

Véase en esta seccion una prensa hidráulica, que con la fuerza de dos hombres, hace el trabajo que no podrían hacer veinte. Sirve para prensar pasta, lana, etc., y está construida en la fábrica de Tangye. De este mismo fabricante son una máquina para cortar y otra para perforar el hierro, de tal manera dispuestas, que con la fuerza de un niño se corta, sin ruido, una barra de hierro de dos pulgadas de espesor.

Además de otras máquinas, que seria prolijo enumerar, se ven en esta seccion veinte clases distintas de rados, cultivadores, sembradores, prensas para hacer vino, ruedas para carros y todos los juegos de herramientas conocidas.

En resumen, la esposición chilena es una gran novedad, y no dudamos que introducidos en el uso estos maravillosos instrumentos, vayan conociendo los labradores sus indisputables ventajas, y sacudiendo la tiranía de la rutina empírica que en todas partes amonora el producto de los mas fértiles terrenos.

RATONES, GOLONDRINAS Y DELFINES.

(APUNTES HISTÓRICOS ACERCA DE TRES PROCESOS CÉLEBRES).

Tiempos ha habido en que los tribunales eclesiásticos de España fulminaron sentencias y lanzaron el rayo de la excomunión, y proclamaron el terrible *anathema sit*, no ya contra herejes ó judaizantes ó relapsos, sino contra los RATONES campesinos que destruían las mieses y los frutos, contra los DELFINES que rompían las redes de los pescadores, contra las GOLONDRINAS, en fin, que se atrevían á penetrar en las iglesias (sin permiso de los clérigos, por supuesto, y manchaban con sus excrementos el pavimento y los altares, é interrumpían con su cántico monótono los Oficios Divinos.

No lo tomen á broma nuestros apreciables lectores. Y adviértase que desempeñamos en el presente artículo, para no aparecer como sospechosos, el papel de copistas, cediendo la palabra, de buen grado, al muy reverendo padre maestro «don Gil Gonzalez Dávila, coronista mayor de las Indias y de los reinos de las dos Castillas por el señor don Felipe de Austria, cuarto deste nombre (1).»

Entablóse el primer litigio de esta índole en la diócesis de Oviedo, por los años de 1540, durante el episcopado del muy ilustre señor don Fernando de Valdés, quien fue mas tarde arzobispo de Sevilla, inquisidor general de España y cardenal de la iglesia romana.

«Siendo provisor el licenciado Diego Perez de Villaviciosa—dice el cronista (2)—sucedió que en el territorio de Oviedo cargó una plaga de ratones, que talaban los frutos y cosechas, no bastando conjuros para ahuyentarlos.

«Púsose el caso en juicio.

«Los de la tierra dieron su querrela, pidiendo se proveyesen censuras contra ellos y que se notificasen en los campos. El provisor, guardando justicia, mandó se nombrase letrado y procurador que defendiese su parte.

«Y habiendo alegado en derecho y entre otras razones esta: Que Dios á estos animales, como á criaturas tuyas, les habia señalado para el sustento de sus vidas los frutos y frutas de aquellos términos, que, conforme á derecho no se habian de dar censuras contra ellos.

«Y pasando el provisor adelante, no teniendo lo alegado por suficiente, mandó se fulminasen, y que dentro de tres dias desamparasen la tierra y se fuesen á lo mas encumbrado de los montes, sin poder salir de allí, y de hacer lo contrario incurriesen en las censuras.

«Dióse traslado de este auto al abogado, y, procurando, respondió suplicando: Que en caso que sus partes hubiesen de obedecer, que pedia atento, que para ir al lugar que se señalaba habia en medio rios y arroyos y no podían pasar sin daño manifesto de sus vidas; que su merced mandase poner puentes para que pasasen, y que en el interin no les corriese perjuicio.

«Mandó que se pusiesen maderos y que saliesen al punto.

«Así se hizo, y de nuevo se leyeron: y fue cosa notable que los veían venir á bandadas, obedeciendo y temiéndolas, á tomar el paso, sin que el día siguiente se hallase en aquel término ninguno.»

Somos en este artículo, ya lo hemos dicho, simples copistas.

Mas—y prescindimos de otras consideraciones—no se sabe si debe admirarse más la simplicidad de los buenos vecinos de Oviedo que acudieron al obispo y provisor de la diócesis con demanda tan estúpida, ó la benevolencia, por no decirlo de otro modo, de estos dos personajes que recibían tan á pecho querrelas de esta guisa.

Y téngase en cuenta que el cronista añade:

«Vi este proceso en Salamanca, siendo prebendado de su santa Iglesia, y obispo el ilustrísimo señor don Pedro Yunco de Posada, en poder del licenciado Posada, deudo suyo, canónigo de la santa Iglesia de Oviedo, y por ser el caso tan extraordinario tomé razon de todo (3).»

Formóse el segundo proceso de esta clase en la diócesis de Coria, por los años de 1580, siendo obispo el reverendo padre don fray Pedro Garcia de Galarza: es decir, en pleno reinado del señor don Felipe II, mal que les pese á los obligados apologistas de este monarca—á don Manuel Cañete, por ejemplo.

«Sucedió en la iglesia de esta villa—escribe el maestro Dávila (4)—que entraban en ella muchas golondrinas que ensuciaban los altares y con su canto eran molestas en los oficios divinos.

«Su arcipreste, el protonotario don Jorge de Quirós, que tenia la jurisdicción eclesiástica, procedió contra ellas con censuras, declarándolas por descomulgadas si entraban más en la iglesia.

(1) *Theatro Eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos de las dos Castillas*.—3 tomos fól. (Madrid, 1645).

(2) *Theat. Ecles.*, tom. III, pág. 150.

(3) *Lce. cit.*

(4) *Theat. Ecles.*, tom. II, pág. 468.

«Y al punto obedecieron á las censuras, y desde aquella hora hasta los años presentes no han entrado más en ella.»

Como se vé por lo espuesto, las pobre avecillas de Coria, censuradas y descomulgadas, ofrecieron, como los ratones de Oviedo, una prueba insigne de humildad y obediencia.

Y sin embargo, parécenos chocante que el digno abogado defensor de las golondrinas no suplicase al reverendo obispo que mandara cubrir las ventanas rotas (siquiera fuese á espensas de los señores canónigos—que de pingües rentas disfrutaban) por donde aquellas pícaras aves se atrevían á penetrar en la iglesia.

Aconteció el caso tercero en la ya mencionada diócesis de Oviedo, nada menos que en el siglo XVII, siendo prelado don Martin de Manso, quien presidió la sede ovetense desde el año 1616 hasta el 1622 en que fue trasladado á Osma, falleciendo en la villa de Aranda de Duero (Búrgos) en 21 de junio de 1630 (1).

«En su tiempo—cuenta el referido coronista de Felipe IV (2)—vinieron á querrellarse los pescadores de las costas y playas vecinas de Oviedo, diciendo: Que los delfines de aquel mar les rompían las redes, con que les quitaban el sustento.

«El que puso la demanda fue el licenciado Andrés García Valdés, cura de Candás.

«Mandó el obispo que se diesen censuras contra ellos, nombrando por abogado al doctor Juan García Arias de Viñuela, y en su contra al doctor Martin Vazquez, catedrático de cánones en la universidad de Oviedo, y mandó se les intimasen en alta mar.

«Así se hizo: y entrando en un barco, acompañado de un notario y de los que habian de ser testigos de todo, el maestro fray Jacinto de Tineo, de la orden de Santo Domingo y catedrático en la universidad de Oviedo, mandó al notario que en virtud de las veces que llevaba del obispo leyese las censuras en alta voz.

«Notificóselas á los delfines, mandándoles se apartasen de aquellos mares y no volviesen más.

«Y desde aquel día hasta ahora no se han visto en puertos, playas ni costas.»

Hé aquí el verídico relato de los tres hechos singulares, *esraordinarios*, como dice perfectamente el coronista Dávila, cuya narración nos habíamos propuesto.

Corrió por España durante siglo y medio, y anduvo en manos de todos, clérigos y laicos, el eruditísimo *Theatro Eclesiástico* del maestro Dávila, sin haber sido negados, ni siquiera puestos en tela de juicio, los tres casos referidos (3).

El padre Risco fue el primero—que nosotros separamos—que puso en duda el hecho referente á los ratones ovetenses, guardó silencio acerca del suceso de las golondrinas de Coria, y negó terminantemente, calificándole de fabuloso, el proceso de los delfines del mar de Asturias (4).

Pero los argumentos *negativos* que aduce el continuador de la *España Sagrada* no tienen valor alguno, segun nuestro pobre criterio, en la cuestión presente. Véamoslo.

Téngase en cuenta que el autor del *Theatro Eclesiástico* ocupaba en la corte de Felipe IV la posición oficial de coronista mayor de las Indias y de los reinos de las dos Castillas y AFIRMA ABSOLUTAMENTE que vió en Salamanca EL PROCESO ORIGINAL formado contra los ratones de Oviedo. Si cuando le reclamó el padre Risco—siglo y medio más tarde—no se encontraron vestigios de semejante proceso en los archivos de Salamanca, como él nos dice, figúrasenos que no es muy lógico deducir de aquí que tampoco existiera en los tiempos del maestro Dávila.

Por lo que hace á los otros dos casos, la duda, á nuestro ver, es improcedente.

La narración del hecho de la iglesia de Coria apareció en el *Theatro Eclesiástico* (1645) cuando aun debían existir contemporáneos de la época en que aquel se supone (1580).

Y, por último, concluyóse el proceso contra los delfines que destrozaban las redes de los pescadores asturianos en 1516, esto es: cuando ya era mozo, y más que mozo, el cronista que refiere el hecho—cuyo cronista, además, fue á los pocos años muy grande amigo del obispo don Martin de Manso, bajo cuyo episcopado se entabló aquel sorprendente litigio.

Nosotros, simples narradores en la ocasión presente, nos escusamos de toda clase de comentarios.

Hágalos por su cuenta el curioso y benévolo lector.

(1) *Theat. Ecles.*, tom. III, pág. 157.

(2) *Theat. Ecles.*, tom. III, pág. 157.

(3) En el ejemplar del *Theatro Eclesiástico* que nosotros hemos consultado en la Biblioteca de San Isidro, de esta capital (propia antes de la exlaustración, de la Compañía de Jesus), están señalados los lugares que ocupan las relaciones de estos hechos con una llamada y esta palabra: ojo, escrita con caracteres muy antiguos y tinta casi blanca, de puro vieja.—Esto es curioso; pero ningún jesuita desmintió las afirmaciones del maestro Dávila.

(4) *España Sagrada*, tom. XXXVIII (Madrid, 1795), trat. 75, capítulo VI, págs. 118 y 145.

Acercá del proceso de los ratones, dice que «fue sin duda obra de alguna imaginación que quiso divertirse con la invención de aquella fabula»—haciendo bien poco favor al coronista de Felipe IV; sobre el hecho de los delfines, afirma que «es tan fabuloso como los otros dos que refiere el mismo autor.»

Por lo demás, comprendemos perfectamente la negativa del sabio y virtuoso Risco.

E. MARTINEZ DE VELASCO.

DEL LIBRO DE LOS CUENTOS.

I.

LA MANO DE AYUB.

Hombre rico era Beheran, creyente: sus ovejas y camellos sin contar en pastos de sus tierras sin medir, muchas y muchos.

Y era viejo de muchos años: su cabeza como lana blanca lavada. Y bueno: sus palabras aleyas del Koran.

Y un hijo sólo para heredar la herencia del padre: el hijo Ayub, que quiere decir Gracioso.

Cuya crianza libre, porque era único y el padre lo amaba.

Y entró en años de mocedad, y cuando entró en los años, amó.

Y dijo al padre: Padre, amo.

Y el padre dijo, que bien.

Peró amaba mujer mala, hija de hombre malo, Al-Farax. Y el padre lo supo y se apenó diciendo: ¿qué haré? Porque el muchacho ama y él es de buena sangre, y ella de mala sangre es, Kábame. Diré que no.

Y fué á decir que no, y dijo: Tiempo al tiempo.

Y así muchos días sin decir que no, porque amaba al hijo, y el hijo gracioso y sólo.

Hasta un día que Kábame dijo al Ayub:

Ayub, dame un hijo, Ayub; porque moriria de esperar. Pero espada en medio hasta el día del Ketib, porque soy virgen.

Y era Kábame.

Y Ayub bebió la malicia, y por la malicia amó más: la cabeza en su corazón, muchacho.

Y fué al padre diciendo:

Padre, ya es tiempo; y esperar con espada en medio el amor que se desea, malo es. Lo que ha de ser, sea; porque ha de ser.

Y el padre dijo: No será.

Y desvió la vista para no ver la cara del hijo, porque decía en su corazón: Pena le daré.

Peró Ayub se puso delante diciendo:

Sí será.

Entonces Beheran miró la cara del hijo y volvió á decir firme:

No será; porque es hija de Al-Farax, y el fruto como el árbol: Al-Farax malo y su hija mala.

Y Ayub, que la amaba, recibió herida de la palabra dura y se airó en gran ira: su resuello ronco. Y el iracundo es ciego, y el ciego no ve. Y Ayub no vio que Beheran era su padre y en la ira alzó la mano contra el padre.

Beheran entonces se tapó la cara, herida por mano de hijo, y empezó la palabra de maldecir; pero no la acabó.

Y lloró, lloró sin maldecir al hijo.

Ayub vio ahora lo que antes no veía, y quedó allí sin moverse ni hablar, como piedra en medio.

Y así el tiempo de muchos gemidos de Beheran.

Luego quiso hablar, y no sonó la palabra: la lengua atada. Y en voz de resuello sin lengua, gritó y dijo: ¡Ah!

Luego se volvió pronto, y corrió pronto y huyó.

Después del día, pasaron años y nadie sabía donde estaba Ayub: ni Al-Farax lo sabía, ni la hija de Al-Farax.

La cual dijo sin pena: ¿Se fué?

Y no lloró. Y en los años de ausencia de él, besos de ella por un dirhem.

Peró Beheran suspiraba acordándose del hijo y diciendo:

¿Dónde el Ayub? Mal hizo el Ayub, porque pecó contra Alah pecando contra mí; pero si viniera en lágrimas por el pecado, tendría el padre misericordia del hijo.

¡Ayub, hijo mio! ¡Hijo mio, Ayub! ¡Ayub! ¡Ayub!...

Y lloraba.

Y su consuelo morir pronto, porque era viejo: sus años setenta sobre los de Ayub.

Peró hé aquí que un día, después de los años, esclavo de Beheran entró con letras diciendo:

Toma: hombre triste me dió letras para tí, y espera postrado con la boca en tierra en el zaguan.

Y Beheran miró las letras y no las conoció, porque de mano extraña eran.

Y las leyó. Las letras así:

«Tigres en mi camino y no me devoraron; víboras en mi seno y no me mordieron; serpientes en mi garganta y no me ahogaron.

»Porque la mar sin agua para mi sed de castigo: el pecado muy grande, el castigo muy grande.

»Peró ya, ya pagué. Misericordia del pecado, porque pagué. ¡Padre, yo soy el hijo!»

¡Hijo! ¡Mi hijo! ¡Hijo mio! gritó del alma Beheran poniendo las letras sobre su cabeza.

Y dijo llorando y riendo:

¡Ya, ya lo perdoné!

Y fué á salir al encuentro de Ayub, y no pudo salir: flaqueaba.

Y mandó al esclavo diciendo:

Yssen, es el hijo, ¡y lo dejaste en la puerta! Yssen, pronto... corre, traémelo, porque flaqueo.

Y mientras se lo traía, no paraba diciendo:

¡Hijo! ¡mi hijo! ¡hijo mio!

Y no conoció Yssen á Ayub: sus pies descalzos, su jaike haraposo, su cara empolvada, y las barbas. Y Yssen lo vió nacer y crecer, pequeño y grande. Y no lo conoció.

Ayub entró luego adonde Beheran y temblaba como hoja seca al aire que la arranca; porque decía en su corazón:

Pequé, pequé, pequé, y no me perdonará el pecado.

Y pena en su corazón, y lágrimas en sus mejillas y nudos de gemir en su garganta.

Y entrando el hijo, gritó del alma el padre: ¡Ah! Y luego: ¡Ayub! Y luego: ¡Hijo! ¡Mi hijo! ¡Hijo mio!

Y le tendió los brazos flaqueando mas.

Peró el hijo no tomó los brazos, y se echó á los pies del padre con la boca en tierra. Y le besó los pies, sin hablar, gimiendo.

Y el padre lo levantó á su seno, y lo miró sediento de lágrimas de hijo.

Y vió que lloraba y lo besó en las lágrimas.

Y le decía: Habla.

Y no hablaba el Ayub: su lengua atada como en el día malo.

Hasta que le dijo el padre la palabra de perdonar diciendo: ¡Te perdoné! que entonces el hijo gritó rompiendo los nudos de gemir en la garganta.

¡Padre! ¡Padre! ¡Padre mio!

Y apretaron los brazos abrazándose, y así mucho tiempo gimiendo.

Y esclavo Yssen lloraba y Al-Rasik y Abulhaz y Mohammed.

Luego so despojó Beheran de su anillo y dijo al Ayub:

Hé aquí ¡oh Ayub! la prenda de mi alianza para que me acuerde siempre que te perdoné.

Y le dijo palabras blandas cortadas, como muchacho que no sabe decir palabras. Y era viejo.

Y le pidió la mano derecha, para ponerle el anillo de la alianza: la mano que alzó contra él.

Peró Ayub no se la dió.

Y se la pidió otra vez, y lo mismo.

Entonces Beheran tomó el brazo del hijo, que lloraba mucho, y tirando del brazo, lo sacó fuera del jaike á la vista.

Y cuando lo sacó afuera y vió el padre lo que vió, gritó con dolor de herida en el corazón y cayó como muerto en brazos del hijo.

El hijo no tenía mano derecha.

C. NAVARRO.

Existe generalmente en el continente la opinion equivocada de que la vida es triste y corta en Inglaterra.

Nada tan contrario á los datos estadísticos. Ahora acaban de publicarse los estados de la mortalidad en Londres durante el trimestre de abril, mayo y junio, y resulta que sólo han muerto un 218 por 10,000, lo cual daría una vida media de 55 años, casi el doble de lo que se vive en España por término medio.

Es verdad que el trimestre que comprende la primavera es un período de salud escepcional en Inglaterra, y que desde 1770 no se habia visto una mortalidad menor que la de este año en aquel país.

La poblacion naturalmente se acrece con rapidez en estas condiciones, y la de Inglaterra, que es ya de 30.300,000 almas, ha visto aumentarse en 95,000 individuos durante abril, mayo y junio.

Los casamientos van en aumento progresivo tambien.

Con el epigrafe *Realizacion de la union de los dos mares*, leemos en el último número del *Istmo de Suez* lo siguiente:

«Esta mañana, 17, hemos recibido del director general de las obras del canal marítimo el parte telegráfico que damos á continuacion:

Suez 16 de agosto (á la una y cuarenta minutos de la tarde).

Ayer tuvimos una fiesta espléndida; las aguas del Mediterráneo y del mar Rojo se unieron en los lagos Amargos. Está asegurado el rellenamiento de los lagos.»

Un mecánico inglés acaba de inventar una máquina para reproducir en taquigrafia los discursos de los oradores. La máquina tiene un teclado parecido al de los pianos, y cada tecla produce parte de una palabra.

Uno de estos últimos días ha sido ensayado en el salon del Prado, con escelente éxito, un aparato llamado Trepador, inventado por el inspector de telégrafos señor Doiz, con el objeto de subir á los postes de las líneas telegráficas á hacer las recomposiciones necesarias, pudiéndose trabajar sentado y con toda comodidad.

En breve aparecerá en la *Gaceta* un decreto del ministerio de Fomento reformando el vigente sobre guardería de montes.

UN CASAMIENTO EN BEREZOW.

Esta provincia septentrional de Rusia es una de las más incultas y despobladas de aquel vastísimo imperio: por su clima rigoroso apenas da productos agrícolas y sus habitantes son de diversas razas y tipos. Nuestra lámina representa un matrimonio entre familias acomodadas. La ceremonia se verifica del modo siguiente:—El novio suele ir á pie á la iglesia y la novia en una especie de litera y cubierto el rostro: al llegar ésta, acompañada de sus parientes, el novio sale de la iglesia, la da un ósculo y la conduce al altar, que se halla en medio de la nave. El sacerdote lee sus oraciones en un misal, mientras el sacristan canta en alta voz los deberes del matrimonio. Los esposos no prometen amarse, ni hacen juramento alguno; sino cambian de anillos y el esposo coloca la guirnalda de flores simbólicas en la frente de la esposa. Después los desposados dan tres vueltas alrededor del altar, se besan otra vez y queda terminada la ceremonia.

CANTARES.

Guarda en su fondo la mar
sus más codiciadas perlas,
como su saber el sabio
bajo la humilde modestia.

Vás por la mañana á misa,
vás por la tarde al sermón;
así á los hombres engañas,
pero no engañas á Dios.

Cansado el vicio de oír
que todos feo le llaman,
se compró la hipocresía
para taparse la cara.

Dá pena de verte, niña,
todo el día en el balcón;
más pronto muere la rosa
cuanto más la besa el sol.

Me dices que estoy alegre
por qué me escuchas cantar;
tambien el pájaro canta
su pérdida libertad.

En el libro de la vida
quise apuntar mis desgracias,
y me sorprendió la muerte
sin poner la fé de erratas.

Me dijiste ayer que sí,
y ayer te volviste atrás;
siempre há sido la constancia
tu virtud mas principal.

Velando un día tu sueño
te di un beso de mi alma;
y aunque tú estabas dormida,
tus labios digeron «gracias.»

Al verte llorar un día,
llamé á tus lágrimas perlas;
y el viento de tu inconstancia
me hizo ver lo falsas que eran.

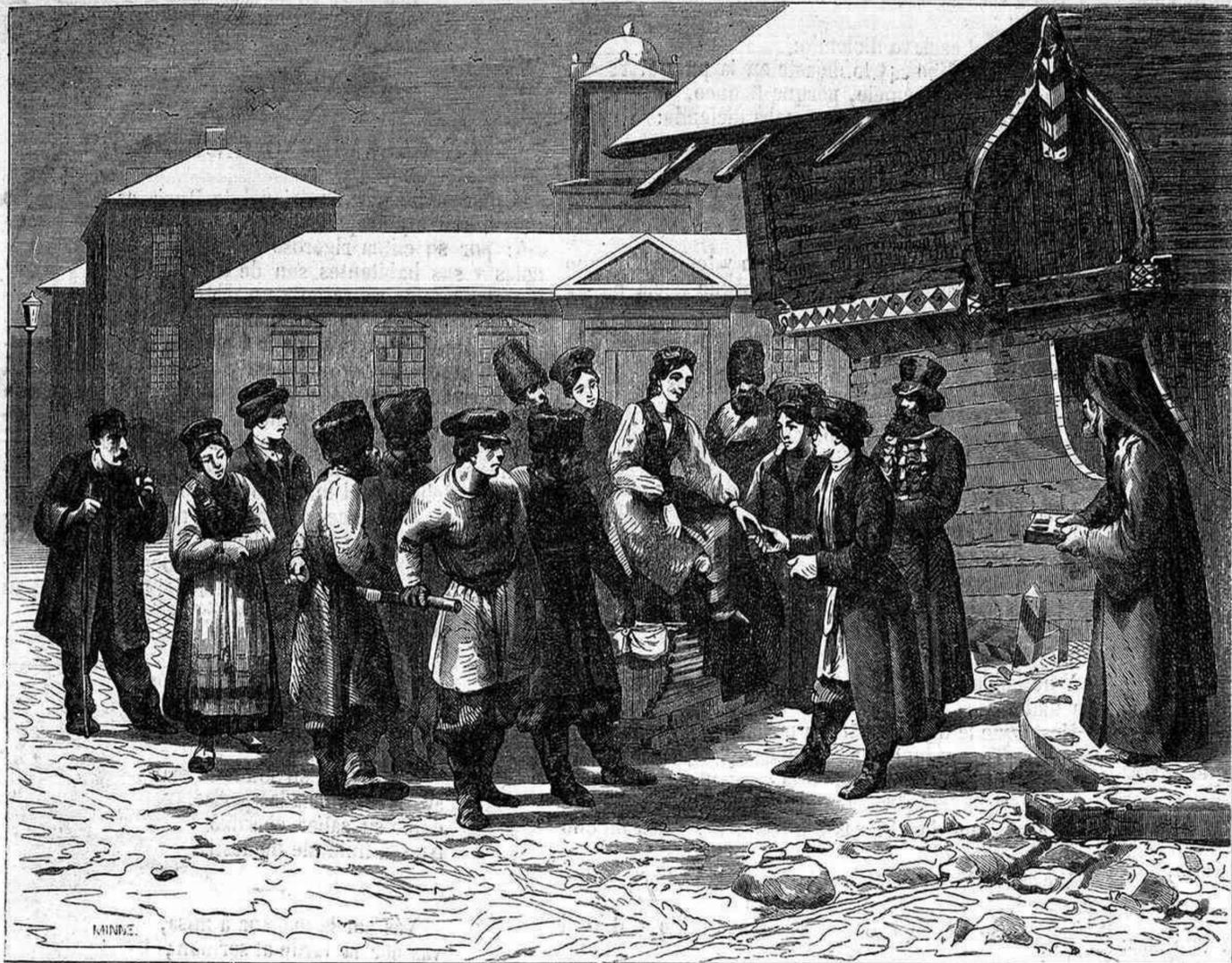
El día que nos casaron
pensé que estaba en el cielo;
después llegó el purgatorio
y hoy mi casa es el infierno.

J. DE FUENTES.

EGOISMO.

Un alma son nuestras almas,
un alma partida en dos,
por eso el que nos queremos
es egoismo, no amor.
Y es por cierto ese egoismo
de tan rara condicion,
que la linda mitad tú
prefiere á la mitad yo.

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.



UN CASAMIENTO EN BEREZOW.

LA DESPOSADA DE ABYDOS.

(CONTINUACION.)

XIII.

—¡No eres lo que has parecido! Efectivamente, Selim, un triste cambio ha tenido lugar: esta mañana aun, te he visto tierno, amable, pero ahora me pareces otro. Y sin embargo, tú no podías ignorar mi cariño; no ha sido nunca menos profundo; no puede serlo mas. Verte, oírte, estar á tu lado, maldecir la noche sin saber la causa, al no ser ésta el no poder verte sino de día, vivir contigo y contigo morir... ¡esas son todas mis esperanzas! Besar tus mejillas... tus ojos... tus labios... así... así... pero, ¡basta! ¡basta! ¡tus labios son de fuego! ¡Alá! ¡Qué fiebre, que ardor, circula por tus venas que tambien se me comunica? ¡Oh! cálmate, Selim, y escucha: mitigar tus sufrimientos en las enfermedades y velar por tu salud; participar de tus riquezas procurando conservarlas ó sonreírte en la pobreza sin temerla á tu lado; sostener el peso de la desgracia sin murmurar, por grande que sea; hacer todo en el mundo por tí, menos cerrar tus ojos moribundos, porque no viviria el tiempo necesario para intentarlo siquiera... ¡hé ahí á cuanto mi alma aspira! ¡Puedo yo hacer ni tú pedir mas? Pero es preciso que me digas por qué razon debemos rodearnos de tanto misterio. Yo no puedo adivinarla; no obstante, tú lo quieres: está bien hecho. Hablaste tambien de armas, de amigos, eso si que es superior á mi inteligencia. Se me figura que seria bueno que mi padre tuviese conocimiento del juramento que te hice, pues al fin su cólera toda no hubiera conseguido hacérmelo revocar, y de ese modo me dejaria libre ciertamente. ¿Puede parecerle extraño á nadie que yo quiera permanecer lo que siempre he sido? ¿Ha visto acaso Zuleika, desde los primeros dias de su infancia, á otro sino á tí, compañero de su soledad y de sus juegos? Estos queridos pensamientos que han nacido con mi vida, que he acariciado siempre, ¿por qué no podré manifestarlos ahora? ¿Qué cambio ha sobrevenido que me obligue á renegar hoy de una cosa en la cual tú y yo hemos cifrado hasta aquí nuestro orgullo? ¡Mostrarme á las miradas de un extranjero! Nuestra ley, nuestra creencia, nuestro Dios lo prohiben, y nunca abrigaré la idea de oponerme á la voluntad del Profeta... ¡Oh! ¡no! debo bendecirle siempre, pues todo me lo ha dejado, dejándome tu presencia. Seria espantoso para mí tener que entregarme á un hombre á quien jamás he conocido. ¿Por qué he de formar misterio de esta repugnancia tan natural? ¿Y por qué tú mismo me exhortas á que ocultese ese sentimiento? Conozco que el severo carácter del pachá no se ha dulcificado para tí en ninguna ocasion... además... le sucede con tanta frecuencia irritarse por cualquier motivo insignificante. ¡Oh Alá! ¡no permitas

que los encuentre nunca en nuestra conducta! Selim, no sé por qué este misterio pesa sobre mi corazon como una grave falta. Si semejante secreto puede ser culpable, y así lo temo á juzgar por la turbacion interior que experimento, dímelo, Selim, dímelo mientras sea tiempo y no me dejes presa de crueles temores. ¡Ah! ya vuelve la comitiva. Mi padre ha terminado sus distracciones guerreras... ¡Cómo tiemblo al pensar que sus miradas van á encontrarse con las mias! Selim: ¿podrás decirme por qué?

XIV.

—Zuleika, retírate á la torre... voy á reunirme á Giafir. Es preciso que me ocupe con él de *firmans*, de impuestos, de levas de soldados, de politica. Terribles noticias se han recibido del Danubio. Nuestro visir deja disminuir las filas de sus guerreros con una longanimidad que el *Giavr* debe agradecerle en extremo; pero el sultan tiene un medio espeditivo de recompensar triunfos tan costosos. Oyeme bien, Zuleika. Esta tarde, cuando el tambor haya señalado á los servidores del pachá la hora del refrigerio y del reposo, Selim irá á buscarte: nos deslizaremos con mucha cautela fuera del harem é iremos á pasearnos á la orilla del mar. Los muros de los jardines son elevados; ningun importuno se atreverá á escalarlos para escucharnos ó turbar nuestra entrevista, y si alguno lo intentase, tengo un sable cuyo filo han probado ya varios y probarán muchos mas todavía. Así que llegue ese momento sabrás sobre la vida de Selim lo que no has sabido ni pensado hasta hoy. Ten confianza en mí, Zuleika, no me temas...

—¡Temerte, Selim! ¡No vuelvas á pronunciar semejantes palabras!

—Bien. No me detengas. Tengo la llave, y entre los guardias de Harun, unos han recibido ya la recompensa y otros la esperan. Esta tarde, Zuleika, sabrás lo que soy, lo que proyecto y todo lo que puedo temer aun. Recuerda lo que te he dicho: ¡no soy lo que parezco!

CANTO SEGUNDO.

I.

Los vientos se levantan sobre la mar de *Hele*, como en esa noche tempestuosa en que el amor, que le habia arrojado al abismo, se olvidó de salvar al jóven, al bello, al valiente Leandro, única esperanza de la virgen de Sestos. ¡Oh! cuando en el lejano horizonte vió brillar el faro de la torrecilla, en vano la creciente brisa, la onda que se estrellaba espumante y los gritos de las aves marinas le indicaban que permaneciese en tierra; en vano las nubes sobre su cabeza y las olas bajo sus pies, le aconsejaban, por medio de sus señales y su lenguaje, que no desafiase el peligro. El no quiso ver ni oír estas amenazas; su mirada no se fijaba mas que

en la antorcha del amor, la sola estrella que le sonreía en el cielo: sus oídos no percibían sino aquel canto de la bella sacerdotisa:— «¡Oh crueles olas! ¿separareis siempre á dos amantes?»— Esta poética narracion es muy vieja; pero el amor puede comunicar todavía bastante aliento á los corazones jóvenes para demostrar que es verdadero.

II.

Los vientos se levantan y las olas de la mar de *Hele* se agitan irritadas sobre la superficie del insondable abismo. Las sombras de la noche velan ese campo de batalla donde tanta sangre ha sido derramada inútilmente, ese desierto que hoy reemplaza al imperio del viejo Priamo, esos sepulcros, únicos restos de tanta grandeza; los únicos, si se exceptúan los ensueños inmortales que deleitaban al anciano ciego de la escarpada *Scoi*.

III.

Si yo pudiese ¡oh antiguo poeta! (porque esos sitios los he visitado yo, mis pies han hollado esas sagradas riberas, y mis brazos han hendido esas ondas tumultuosas), si yo pudiese soñar aquí y llorar contigo, reconocer todavía ese teatro de antiguos combates, creer que cada montecillo verde encierra las cenizas de un verdadero héroe y que alrededor de esta escena de maravillas irrefragables, ruge el *Helesponto inmenso*, como tú lo vis-

te otras veces! ¡Si yo pudiese conservar largo tiempo esas creencias!

Mas... ¿quién al contemplar ese espectáculo puede dudar de tí?

IV.

La noche ha descendido sobre las olas de la mar de *Hele*, y la luna no se ha levantado todavía en las cumbres del *Ida*, esa luna que ha alumbrado á los héroes del gran poema; ningun guerrero dirige ya acusaciones á los apacibles y brillantes rayos del astro, pero los pastores reconocidos la bendicen siempre.

(Se continuará.)

R. CAULA.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El corazon de la mujer es un arcano insondable.



La solucion de éste en el próximo número.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID, IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG.